

12. Cambio climático – crisis climática

ESTADO ACTUAL

A pesar de décadas de estudios, debates y propuestas de acciones, en todo el mundo se sigue profundizando la crisis climática: seguimos liberando enormes cantidades de CO₂ y otros Gases de Efecto Invernadero (GEI) a la atmósfera, provocando efectos cada vez más severos, con cada vez mayores impactos negativos sobre los ecosistemas, sistemas productivos y la salud de las poblaciones humanas.

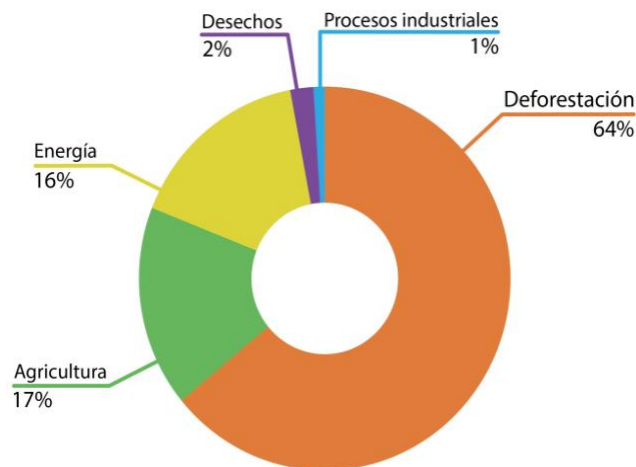
Para Bolivia en específico, los efectos del Cambio Climático son especialmente preocupantes, con estimaciones de un aumento de temperatura de 4,8 y 6,0°C para el 2100 (PNUD, 2011) y cambios de patrones climáticos que llevan consigo cambios en temperaturas y precipitaciones, con un aumento en el riesgo de incendios forestales, una aceleración de los procesos de desertificación, un cambio radical de los ecosistemas con fuertes impactos en la biodiversidad, así como en la producción agropecuaria y, por ende, en la vida de las poblaciones rurales y urbanas (Vilela et al., 2019).

Para mitigar estos impactos y asegurar una adaptación de Bolivia a los cambios climáticos esperados, el gobierno boliviano en el marco del Acuerdo de París presentó sus compromisos climáticos en forma de las “Contribuciones Nacionalmente Determinadas” (CND), una serie de “acciones políticas” que buscan reducir las emisiones de GEI, a tiempo de reducir los niveles de pobreza e incrementar la resiliencia de las poblaciones y ecosistemas en el marco de la Agenda Patriótica y otras políticas de desarrollo vigentes en el país, asumiendo acciones con relación a tres líneas: 1) agua, 2) energía y 3) bosques y agropecuaria.

Un análisis crítico de estas políticas climáticas bolivianas muestra serias debilidades:

- * Son incompletas: no contemplan acciones en temas claves como la educación y concientización ambiental, ni profundizan suficiente el tema de gestión de riesgos ante desastres naturales.
- * Son ineficaces ante la crisis climática: priorizan más la reducción de la pobreza y el mejoramiento del acceso a agua y energía, que verdaderas acciones de mitigación y adaptación al cambio climático.
- * Son insuficientes: las acciones planteadas en los CND como la reducción de la deforestación ilegal (sic) y los planes energéticos no garantizan una reducción de las emisiones.

Pero las políticas bolivianas aún son más preocupantes cuando analizamos la implementación práctica de las acciones propuestas, ya que aún con estas propuestas insuficientes, en la práctica no se ha realizado ni los ajustes legales, ni los cambios políticos necesarios para lograr la agenda climática boliviana. En vez de avanzar hacia la reducción de emisiones a través de una mayor conservación de los ecosistemas naturales y sus beneficios ecosistémicos, Bolivia presenta un debilitamiento de su sistema de áreas protegidas, tasas de deforestación cada vez más altas y enormes incendios que han liberado enormes cantidades de CO₂, hasta el extremo que en 2019 los bolivianos per cápita contribuimos hasta 1.5 veces más al Cambio Climático que el ciudadano promedio de los EE.UU. (Vos et al., 2020). Mientras tanto solo estamos reforestando un 2% de lo planteado en las CND y con tantos errores técnicos y problemas de planificación que mucho de lo plantado en la práctica nunca logra convertirse en bosque. Y en vez de una masiva promoción de formas de producción adaptadas a la crisis climática, Bolivia sigue optando por una ampliación de su frontera agropecuaria dentro de un modelo extractivista extremadamente insostenible.



Principales causas de las emisiones en Bolivia (En base de Fundación Solón, 2017)

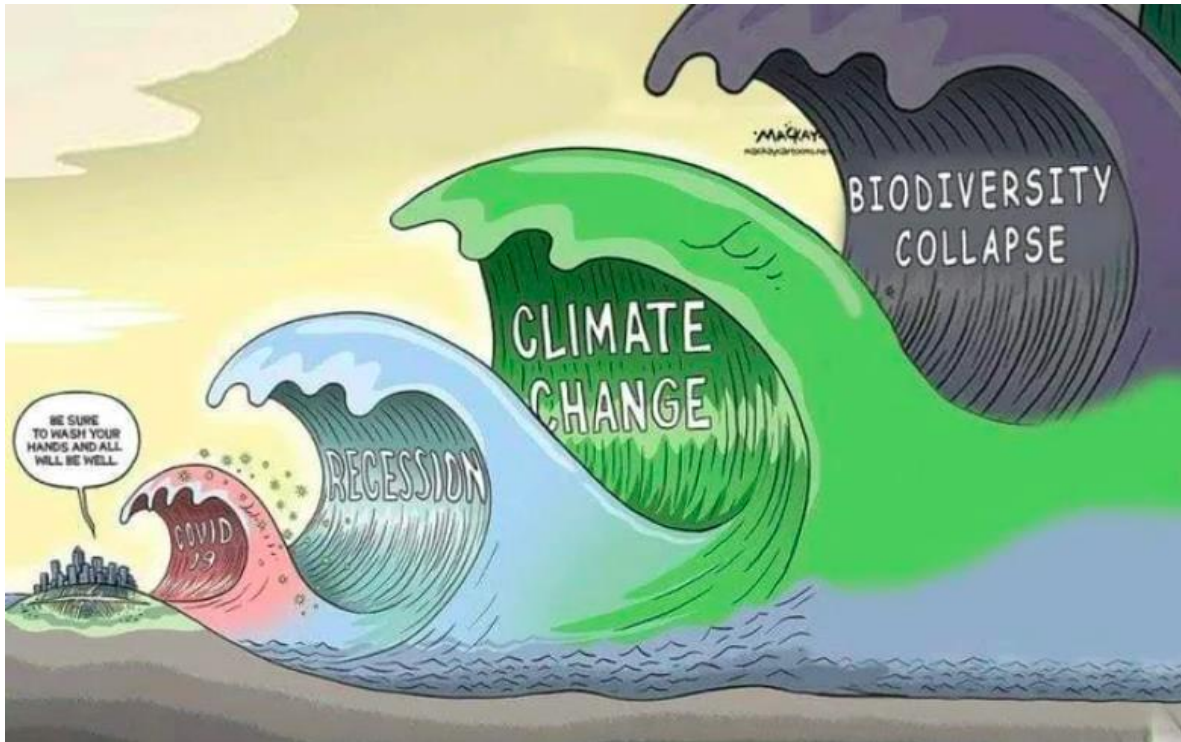
En esta línea también la agenda energética boliviana es altamente cuestionable desde la perspectiva climática. Bolivia apunta a convertirse en el centro energético de Sudamérica con propuestas fuertemente criticadas: por un lado, sigue profundizando la dependencia de los combustibles fósiles con nuevas exploraciones e incluso planes de incursar al fracking, mientras que los planes de megahidroeléctricos lejos de ser energías alternativas más bien liberarán más GEI a tiempo de generar impactos ambientales inaceptables en sus áreas de influencia. La propuesta de incursar al biodiesel, en realidad trata de una apuesta a los agrocombustibles que aumentará la presión sobre los bosques, aumentando la principal causa de liberación de GEI en Bolivia, y empeorando nuestra vulnerabilidad ante los efectos del Cambio Climático a tiempo de arriesgar la seguridad alimentaria y salud de Bolivia.

En este sentido también las políticas en cuanto a la gestión de riesgos de desastres y las políticas de agua son claramente insuficientes para mitigar los efectos del cambio climático. Aunque existen ciertos avances para crear políticas y estructuras institucionales para la gestión de riesgo y se ha realizado grandes inversiones para mejorar el acceso de los bolivianos al agua potable y para riego, estos avances no permiten evitar que Bolivia se está secando, y que cada vez más regiones son afectadas por preocupantes procesos de desertificación y sabanización donde el agua es un recurso cada vez más escaso y menos accesible, en especial para los y las más pobres. Procesos que no solamente implican que todos los ecosistemas bolivianos muestran problemas de adaptación y preocupantes tendencias de degradación ecológica, de pérdida de biodiversidad y de reducción de productividad, pero que también provocan una mayor vulnerabilidad ante los desastres naturales, donde paradójicamente no solo se aumenta el riesgo de sequías e incendios, pero también nos volvemos más vulnerables ante inundaciones, granizados, heladas y otros desastres “naturales”.

Estos procesos se traducen a pronósticos altamente preocupantes, con posibles colapsos ecosistémicos, donde complejos ecosistemas andinos se quedarán sin su fuente de vida: el agua de los glaciales y donde prácticamente todos los bosques de las tierras bajas pueden convertirse en pampas antes del año 2050. Pronósticos que no solamente implican un incumplimiento total de la agenda climática, pero que también provocarían una masaextinción de la flora y fauna boliviana, a tiempo de provocar efectos económicos y sociales de tan magnitud que los científicos hablan de un sufrimiento incalculable. Sin duda nos debe preocupar muchísimo que Bolivia ha sido clasificado como el segundo país más vulnerable de Sudamérica y el quinto menos preparado para mitigar los daños del Cambio Climático (Chen et al., 2015).

Mientras tanto ni en los colegios, ni en las universidades y escuelas técnicas se está asegurando una educación adecuada para enfrentar esta crisis sin precedentes, formando profesionales con las capacidades de generar los cambios económico-productivos necesarios y para asumir las crisis sociales y de salud que tendremos que enfrentar demasiado pronto.

El masivo rechazo de la población boliviana a los incendios del 2019, la exigencia de la derogación del paquete incendiario y la oposición al agronegocio transgénico son ejemplos claros que la población ya no acepta esta inoperatividad de los gobiernos de turno. Exigimos acciones serias ya, con una transición acelerada a una producción más sostenible compatible con la conservación de los bosques y el agua, con una transición a energías verdaderamente renovables y con inversiones coherentes con la gravedad de la crisis climática que ya nos afecta a todos los bolivianos y bolivianas.



En este sentido las tendencias de deforestación y los incendios implican un impacto enorme en términos de emisiones de CO₂. En especial los megaincendios del 2019 han tenido un impacto sin precedentes en términos de liberación de CO₂, con una estimación de 276Mt CO₂ liberado en ese año, más de 12 veces las emisiones de CO₂ de Bolivia en general en el año 2018 y más o menos el equivalente de todo el CO₂ liberado por Bolivia desde el año 2000 (Datosmacro, 2020). Aún siendo comparado con un año previo nefasto por las superficies afectadas por incendios forestales, el 2020 ya viene superando los preocupantes impactos registrados en 2019. Con una población de aproximadamente 11.6 millones de personas (El Deber, 2019), eso implica una emisión per cápita de 23,73 Tn CO₂ en el año 2019 que posiciona a Bolivia como el quinto país con mayores emisiones per cápita en el mundo, virtualmente solo superado por pequeños países petroleros como Kuwait, Catar y los Emiratos Árabes Unidos y arriba de países notoriamente contaminadores como los Estados Unidos (16.14 Tn CO₂/pers/año y el Reino Unido (5.59 Tn CO₂/pers/año) (Datosmacro, 2020).

Además, es necesario considerar que la deforestación, degradación e incendios mencionados también afectan directamente en otros beneficios ecosistémicos proveídos por los ecosistemas naturales. Es imposible listar todos los beneficios provistos por los ecosistemas naturales, pero es común clasificarlos en beneficios de provisión, beneficios de regulación, beneficios de soporte y beneficios culturales (WWF 2016, Figura 1).